

PARTE II. nombre de El Gran Capitan, por el cual es mas conocido en España, y á decir verdad en la mayor parte de las historias contemporáneas, que por el suyo propio²⁸.

Le dan el título de Gran Capitan.

Bate á un destacamento de suizos.

Gonzalo encontró el bloqueo bien dispuesto y guardado con tanto rigor, que eran pocos los mantenimientos que pudieran penetrar de fuera en la ciudad; y así es que los franceses se hallaban en grande aprieto. Pero su vista perspicaz observó al punto que para completarle del todo era necesario destruir los molinos inmediatos que proveían de harina á Atella, y emprendió esta operacion en el mismo dia de su llegada á la cabeza de sus tropas. Montpensier que sabia la importancia de aquellos molinos, tenia apostado un fuerte destacamento para defenderlos, el cual se componia de un cuerpo de arqueros, gascones y de piqueros suizos. Aunque los españoles no habian entrado nunca en accion formal con grandes masas de aquella formi-

²⁸ Quintana, Españoles célebres, tomo 1, página 228.—Giovio, Vita Magni Gonsalvi, lib. 1, p. 220.

Los historiadores de Aragon se manifiestan muy incomodados por el modo irreverente con que Guicciardini refiere el origen del título del Gran Capitan, sin que baste á atenuar su enfado el panegírico que despues hace de él. Dice así el historiador italiano: "Era capitano Consalvo Ernandes, di casa d'Aghilar, di patria Cordovese, uomo di molto, valore, ed esercitato lungamente nelle guerre di Granata, il quale, nel principio della venuta sua in Italia, cognominato *dalla jattanza spagnuola* il Gran Capitano, per significare con questo titolo la suprema podestá sopra loro, meritò per le preclare vittorie che ebbe dipoi, che per consentimento universale gli fosse confermato é perpetuato questo soprannome, per significazione di virtù grande, é di grandè eccellenza nella disciplina militare." (Istoria, t. 1,

p. 112.) Segun Zurita, no se confirió aquel título al general español hasta su presentacion al frente de Atella, y el primer caso en que se reconoció formalmente fué en el instrumento de capitulacion de aquella plaza. (Hist. del rey Hernando, libro 2, cap. 27.) Esta opinion se corrobora con el hecho de que Giovio, biógrafo y contemporáneo de Gonzalo, no empieza á distinguirlo con aquel epíteto hasta la espresada fecha. Pero Abarca, si es que se puede descansar en su testimonio, le da una antigüedad mayor aún que la que le atribuyó Guicciardini, citando un pasaje de la merced que algun tiempo despues hizo D. Fernando el Católico á Gonzalo del ducado de Sessa, en que espresamente se hace mencion del título de Gran Capitan como dado por las tropas á su general al tiempo de su primer embarque á la cabeza del ejército de Italia. Reyes de Aragon, rey 39, cap. 9. —Pulgar, Sumario, p. 138.

dable infantería, sin embargo, por los encuentros parciales que habian tenido contra pequeños destacamentos, y por el conocimiento que habian ido adquiriendo de su método y táctica, habian perdido gran parte del terror que antes les infundian, y aun Gonzalo se habia aprovechado del ejemplo de los suizos para fortificar su infantería mezclando las largas picas con las espadas cortas y los escudos de los españoles²⁹.

Dividió su caballería en dos trozos, colocando sus pocos caballos de línea con algunos ligeros en posicion conveniente para contener cualquiera salida de la ciudad, y destinando el resto para apoyar á la infantería en su ataque contra el enemigo. Tomadas estas disposiciones, el capitan español llevó confiadamente sus soldados al combate. Los arqueros gascones, sobrecogidos de espanto, apenas tuvieron valor para esperarlos, y huyeron vergonzosamente, sin haber hecho mas que la primera descarga de flechas, dejando la batalla á los suizos. Éstos, abrumados por las penalidades del sitio y abatidos por los continuos reveses y por la presencia de un nuevo y victorioso enemigo, no se condujeron con su intrepidez acostumbrada, sino que despues de una débil resistencia se retiraron hácia la ciudad. Gonzalo, logrado su objeto, no trató de perseguir á los fugitivos, contentándose con mandar destruir inmediatamente los molinos, de los cuales á las pocas horas no quedó ninguno. Tres dias despues marchó á apoyar á las tropas napolitanas en el asalto de Ripa Cándida, y tomó esta importante plaza, por cuyo medio mantenia Atella sus comunicaciones con el interior³⁰.

De esta manera los franceses, privados de todo recurso, y perdida ya toda esperanza de recibir socorro de su país, despues de haber sufrido las mas duras privaciones y de verse reducidos á subsistir con los alimentos mas repugnantes, llamaron á parlamento para capitular.

Capitulacion de Montpensier.

²⁹ Esto fué mejorar el medio algun tanto semejante, que Polibio refiere haber empleado el rey Pirro, el cual mezcló cohortes armadas con espadas cortas á la romana, alternando con las de Macedonia armadas con picas. Lib. 17, sec. 24.

³⁰ Giovio, Historia sui temporis, li-

bro 4, p. 133.—Idem, Vita Magni Gonsalvi, pp. 220, 221.—Zurita, Hist. del rey Hernando, lib. 2, cap. 27.—Chronica del Gran Capitan, cap. 28.—Quintana, Españoles célebres, t. 1, p. 229.—Abarca, Reyes de Aragon, rey 30, capitulo 9.

PARTE II. No se tardó en arreglar las condiciones de la capitulación con el rey de Nápoles, que solo deseaba alejar de su país á los invasores. Se convino que si el general francés no recibía socorro en el término de treinta días, evacuaría á Atella y haría que todas las plazas dependientes de su autoridad en el reino de Nápoles, con toda su artillería, se entregasen al rey Fernando; que bajo estas condiciones se suministrarían á sus soldados naves suficientes para trasportarlos á Francia; que los mercenarios extranjeros podrían volverse libremente á sus casas; y que se concedería un olvido general por lo pasado á todos los napolitanos que volvieran á su fidelidad en el término de quince días³¹.

Tales fueron los artículos de la capitulación firmada á 21 de Julio de 1496, que Comines, á cuyos oídos llegó cuando ya estaba en la corte de Francia, no repara en denunciar como "tratado vergonzoso, y solo parecido al que hicieron los cónsules romanos en las horcas caudinas, que por deshonoroso no pudo ser aprobado por la república." Esta censura es ciertamente inmerecida, y mucho mas viniendo de una corte que estaba consumiendo en el libertinaje y los placeres los recursos necesarios para los valientes y leales súbditos que hacían todos los esfuerzos posibles por sostener el honor de su patria en tierra extranjera³².

Miserable estado de los franceses.

Desgraciadamente no pudo Montpensier hacer cumplir en un todo su tratado, porque muchos de los franceses se negaron á entregar las plazas que les estaban confiadas, bajo el pretexto de que su autoridad procedía, no del virey, sino del rey mismo. Mientras se discutía este punto las tropas francesas fueron trasladadas á Baia, Pozzuolo y otros lugares adyacentes de la costa. La insalubridad de aquel terreno, unida á la de la estación de otoño, y al uso excesivo de frutas y vinos, hicieron desarrollar entre los soldados una epidemia, que se los llevó á centenares. El bizarro Montpensier fué de las primeras víctimas. No quiso acceder á las reiteradas instancias de su hermano político el marqués de Mantua, que le rogaba se separase de sus desgraciados compañeros de armas y que se retirara á un punto sano del

31 Villeneuve, Mémoires, p. 318.—
Comines, Mémoires, liv. 8, chap. 21.—
Giovo, Hist. sui temporis, lib. 4, p. 136.

32 Comines, Mémoires, liv. 8, chap. 21.

interior. Aquella costa se veía cubierta materialmente de muertos y moribundos. De cinco mil franceses que por lo menos habían salido de Atella, no llegaron á su país mas de quinientos. Ni fueron muchos mas afortunados los suizos y otros mercenarios, "que se volvieron, cada cual como pudo, por medio de Italia, dice un escritor contemporáneo, en el estado mas lastimoso de desnudez y miseria, siendo triste espectáculo de todos y terrible ejemplo de los caprichos de la fortuna³³." Tal fué la desdichada suerte de aquellas brillantes y poderosas huestes, que no hacía mas que dos años escasos habían inundado los floridos campos de Italia con la arrogancia de los que van á una conquista segura. Ojalá que todos los nombres de los conquistadores, que tanto deslumbran la imaginación por sus victorias, aunque compradas á costa de la sangre y miseria de sus semejantes, pudieran ofrecer una lección moral tan útil y eficaz para el género humano como esta de Carlos VIII.

El joven rey de Nápoles no vivió mucho tiempo para gozar de sus triunfos. A su vuelta de Atella, en mal hora para él contrajo matrimonio con una tía suya, casi de su misma edad, de quien hacia mucho tiempo estaba prendado; y la falta de precaución, y aun el exceso con que se entregó á los goces de su nuevo estado, en el cambio repentino de la vida dura que había llevado anteriormente, le ocasionaron una disenteria de que falleció á los veinte y ocho años de su edad y segundo de su reinado. Fué el quinto de los monarcas que en el corto periodo de tres años habían ocupado el funesto trono de Nápoles.

Muerte de D. Fernando de Nápoles.

1496.
7 de Setiembre.

Fernando reunía muchas de las prendas necesarias para los tiempos en que vivió. Era vigoroso, valiente y activo, y de un ánimo naturalmente generoso y elevado. Con todo, se descubrían en él, aun en sus últimos momentos, ciertas señales de una condición aviesa, por no decir feroz, que había caracterizado á muchos de los de su familia, y que hizo formar conjeturas no muy favorables acerca de lo que hubiera sido su gobierno en adelante³⁴.

33 Giovo, Hist. sui temporis, p. 137. —Comines, Mémoires, livre 8, chap. 21. —Giovo, Vita Magni Gonsalvi, libro 1, p. 221.—Guicciardini, Istoria, lib. 3, página 160.—Villeneuve, Mémoires, apud Petiot, t. xiv, p. 318.

34 Giannone, Istoria di Napoli, libro 29, cap. 2.—Summonte, Istoria di Napoli, lib. 6, capítulo 2.—Pedro Mártir, Opus Epist., epist. 188. Segun Bembo, hallándose Fernando postrado en su lecho mortal, hizo que

PARTE II.

Le sucede D.
Fadrique II.

Le sucedió en el trono su tío Fadrique, príncipe de condicion apacible, y querido de los napolitanos por sus repetidos actos de benevolencia, y por su magnánimo amor á la justicia, de que habia dado muestras en las extraordinarias alternativas de su fortuna. Sin embargo, sus bondadosas virtudes necesitaban para prosperar lugar y estacion mas favorables, y no le hacian campeón á propósito, como lo acreditó la esperiencia, para luchar con los políticos sutiles y nada escrupulosos de aquellos tiempos.

Total espulsion
de los france-
ses.

Su primer acto fué conceder una amnistía general á los napolitanos desafectos, los cuales tuvieron tal confianza en su buena fe, que casi todos sin escepcion volvieron á su fidelidad. La segunda medida que adoptó fué llamar á Gonzalo de Córdoba en su ayuda para extinguir los movimientos hostiles que los franceses habian emprendido desde que el caudillo español se ausentó de la Calabria. Al nombre del Gran Capitan, los italianos acudieron de todas partes á servir sin sueldo bajo una bandera que era seguro los habia de conducir á la victoria. En efecto, á medida que Gonzalo adelantaba, los castillos y las plazas caian á sus plantas; y el general frances Aubigny se vió muy pronto en la necesidad de capitular con el conquistador en los mejores términos que pudo y de evacuar completamente la provincia. A la sumision de la Calabria se siguió al momento la de las pocas ciudades que aun continuaban guarnecidas por franceses en otras provincias; con lo cual no quedó en poder de Carlos VIII ni una pulgada de terreno en el reino de Nápoles³⁵.

le trajeran la cabeza del obispo de Teano, á quien tenia preso, y que se la pusieran á los piés de la cama para asegurarse por sus propios ojos de que se habia ejecutado la sentencia. Istoriana, lib. 3, p. 189.

35 Giovio, Hist. sui temporis, lib. 4, p. 139.—Zurita, Hist. del rey Hernando, lib. 2, capítulos 30, 33.—Guicciardini, Istoría, libro 3, p. 160.—Giannone, Istoría di Napoli, t. III, lib. 29, cap. 3.

Nuestra narracion sigue ahora el trillado camino de la historia de Italia. Hasta aquí he procurado siempre dar noticia al lector del carácter particular y mérito de los principales autores españoles, en quienes me he apoyado en el discurso de mi obra. Esto seria supérfluo respecto de los italianos, que gozan

CAP. II.

Observaciones
sobre Guicciardini y Giovio.

de la reputacion de clásicos, no solo en su país, sino en toda Europa, y que ofrecieron los primeros modelos de la composicion histórica entre los modernos. Felizmente, dos de los mas eminentes de ellos, Guicciardini y Paolo Giovio, vivieron en la época de que tratamos, y comprendieron todo este periodo en sus historias. Estos dos escritores, ademas de los atractivos de su clásico gusto y talento, se hallaron en posicion de observar con exactitud todos los principales acontecimientos políticos de su tiempo: circunstancias que han hecho muy apreciables sus relaciones, así en cuanto á los negocios estranjeros como respecto de los de su país. Guicciardini representó un papel notable en los sucesos que describe, y ademas su larga residencia en la corte de Fernando el Católico, le proporcionó ocasion para adquirir noticias muy auténticas en lo relativo á España. Giovio, por sus íntimas relaciones con las personas principales de aquella época, tuvo tambien proporcion de adquirir datos seguros, al mismo tiempo que en la relacion de las cosas estranjeras estuvo poco espuesto á aquellas influencias mercenarias que muchas veces le hicieron emplear la pluma de oro ó de hierro de la historia, segun dictaba el interes. Desgraciadamente en su obra principal, "Historiæ sui temporis," hay un vacío lamentable, que abraza todo el tiempo que medió entre el fin de la expedicion de Carlos VIII y la exaltacion de Leon X, verificada en 1513. Cuando ocurrió el célebre saqueo de Roma por el duque de Borbon en 1527, Giovio puso su manuscrito con algunas alhajas en una caja de hierro que ocultó en un escondite de la iglesia de Santa María sopra Minerva; pero aquel tesoro no se libró de la penetrante vista de dos soldados españoles, los cuales rompieron la caja: uno de ellos se llevó las alhajas y despreció los papeles; el otro, algo mas ilustrado que el primero, dice Giovio, se guardó los manuscritos que estaban en vitela y bien encuadernados, y arrojó lo que estaba escrito en papel.

Los escritos arrojados comprendian los seis libros relativos al periodo que se ha dicho, y no se pudieron recobrar nunca. Los demas los llevó el mismo soldado al autor, el cual los compró á cambio de un beneficio vacante que suplicó al Papa concediera á aquel soldado en tierra de Córdoba, de donde era natural. Preciso es confesar que pocas veces ha podido tener la simonia tan buena escusa. Aunque no se repusiera nunca por Giovio aquella falta de los seis libros, en parte quedó suplida con sus Vidas de hombres ilustres, y en particular con la de Gonzalo de Córdoba, en que reunió con mucha exactitud todos los sucesos algo interesantes de la vida de este gran general. Su narracion generalmente está confirmada por los autores españoles, y contiene de mas algunos pormenores, en especial en lo relativo á la juventud de Gon-

PARTE II. zalo, que Giovio pudo saber fácilmente por la amistad personal que tenía con los principales personajes de la época.

Sismondi. Esta porción de nuestra historia está además ilustrada por los trabajos de M. Sismondi en sus "Républiques Italiennes," obra que sin ninguna duda merece ser colocada entre las producciones históricas más señaladas de nuestros tiempos, ya se considere la maestría con que está hecha la narración, ya el admirable espíritu filosófico que la ilumina. Se debe confesar que M. Sismondi ha logrado completamente poner en claro la intrincada confusión de la política italiana, y que á pesar del carácter complicado, y lo que es más, vario é inconstante, de su asunto, ha conseguido presentarle de una manera uniforme y armónica á la consideración del lector. Este resultado le ha obtenido no perdiendo nunca de vista el principio regulador de todos los movimientos diversos de aquella máquina complicada; de manera que su narración viene á ser, como él la llama en su compendio inglés, una historia de la libertad de Italia. Teniendo siempre presente este principio, ha podido explicar muchas cosas que hasta ahora habían estado oscuras ó dudosas en esta materia; y si á veces ha sacrificado algo de la exactitud á sus principios teóricos, en lo general ha conducido sus investigaciones con un espíritu verdaderamente filosófico, y ha llegado á resultados muy honoríficos y halagüeños para la humanidad.

Afortunadamente su alma estaba muy penetrada de respeto á las instituciones libres que analizaba; y si es exagerado decir que para ser historiador de las repúblicas es necesario ser republicano, á lo menos no lo es que el alma de su historiador debe estar profundamente penetrada del espíritu que las anima. Ninguno que no sienta el amor á la libertad puede explicar muchas cosas que en ella son enigmáticas, ni hacer amables á sus lectores las facciones duras y repulsivas con que algunas veces se presenta, revelando la hermosura y grandeza del alma que reside dentro.

Esta porción de nuestra historia, que está enlazada con la de Italia, es muy pequeña para que ocupe grande espacio en el plan de Sismondi. Además la trata este escritor de un modo no muy favorable á los españoles, á quienes parece ha mirado con un tanto de la aversión con que los italianos del siglo XVI miraban á los bárbaros ultramontanos de Europa. El lector hallará acaso alguna ventaja en contemplar la parte opuesta del cuadro, y en recorrer los pormenores menos conocidos que presentan los autores españoles.

CAPÍTULO III.

GUERRAS DE ITALIA.—GONZALO SOCORRE AL PAPA.—TRATADO CON FRANCIA.—ORGANIZACION DE LAS MILICIAS DE ESPAÑA.

1496—1498.

Gonzalo socorre al Papa.—Toma la fortaleza de Ostia.—Su entrada en Roma y su recibimiento.—Paz con Francia.—La reputación de Fernando se aumenta por su conducta en la guerra.—Organización de las milicias.



El había convenido en el tratado de Venecia que mientras los aliados hicieran la guerra en Nápoles, el emperador electo y el rey de España llamarían la atención del enemigo invadiendo el territorio de Francia por las fronteras. Fernando había cumplido por su parte este compromiso, manteniendo constantemente desde el principio de la guerra fuerzas considerables en toda la línea desde Fuenterrabía hasta Perpiñan. En 1496 las tropas regladas que allí tenía á costa de su tesoro llegaban á diez mil caballos y quince mil infantes, lo que junto con el armamento de Sicilia, ocasionaba gastos de mucha consideración en medio de la penuria producida por la guerra de los moros. En el Rosellon mandaba el ejército de España D. Enrique Enriquez de Guzman; el cual, lejos de estarse á la defensiva, cruzó repetidas veces la frontera, llevándose en algunas de las correrías que hizo quince mil y veinte mil cabezas de ganado, y talando el país hasta Carcasona y Narbona ¹. Los fran-

CAP. III.

Guerra en la parte del Rosellon.

¹ Zurita, Historia del rey Hernando, lib. 2. cap. 12, 14, 16, 24.

Giovio, aludiendo al alarde de preparativos que hizo el rey Fernando en las